

Hablar de la inspiración no es hablar del aire, tiene peso y medida el aliento de las musas. Cuánto hemos alimentado los artistas la idea de la inspiración como figura mitológica, como mágica linterna poblando con sombras desconocidas la pared de nuestra caverna interior; la hemos presentado, al fin y al cabo, como *divina* potencia, siempre perseguida y nunca plenamente otorgada.

Declarar algo divino, decía Nietzsche, es salvarse uno mismo del esfuerzo, de la aspiración a competir con algo que nos aventaja pero que es, cómo no, fruto irremediabilmente humano. Qué cobardes y qué descuidados hemos sido siempre los escritores, los poetas, los pintores, qué incapaces de asumir la *responsabilidad* de nuestra propia inspiración. Un poco más allá de cualquier romanticismo con el que quiera quiera abordarse el tema, un solo paso más allá, hay una verdad total y fecunda: sólo sale de nuestra inspiración aquello que previamente hemos llevado allí. Y creo que estoy dando una cita casi textual de algo que solía decir Goethe acerca de la soledad, pero no importa.

Lo que importa es comprender que la inspiración es una especie de destilado íntimo que el alma creativa va logrando a partir de materiales más bastos, de lecturas realizadas, de conversaciones lejanas, de trabajos noctur-

nos y tediosos. Estímulos que penetran de un modo u otro la dermis de nuestra sensibilidad y que luego nos acompañan ya como un agua de lluvia que se fue filtrando hacia las capas más subterráneas de nuestro ser. Gota a gota es como se forma un lago interior de ideas, un aguamiel que lleva nuestra imprimación, nuestro nombre, aunque aún no lo sepamos. Y aún no lo sabemos porque hay que seguir trabajando, aumentando lentamente ese caudal interior para que alcance su punto de presión exacto, y eso que fue lago en calma se convierte en torrente creador que ya no puede ser contenido, que debe ser expulsado violentamente. Y quien vea esa explosión creativa, ese pozo rebosante de agua, pensará en lo mágico del momento y en lo inexplicable del proceso. Pero el artista reconoce cada lágrima que brota y sabe si es gota de lluvia asimilada o gota de sudor vencida... Lo que ocurre es que resulta tentador que a uno le miren como mago de sí mismo, como hechicero de un mundo para muchos insondable; por eso el artista calla y deja que el asombro sea asombro. Por vanidad.

Ya hemos dicho alguna vez que el hecho de que esto sea un diario no nos va a salvar de mentir de tanto en cuando. De lo que sí nos va a librar es de callarnos una verdad cuando la vemos tan de cerca: la inspiración, por mil engaños que nosotros artistas queramos hacernos, es una cuenta exacta: sólo sale lo que entra, sólo se transforma lo asimilado, sólo se libera lo anteriormente apresado. Y es cierto que a veces el trabajo se hace y el

fruto no madura, pero el remedio es seguir acumulando, seguir destilando, seguir, seguir, seguir. No ha de ser puntual la cuenta, pero sí, repito, acaba siendo exacta.

Es el momento de asumir nuestra carga, nuestra primera responsabilidad como creadores: entender la inspiración como una disciplina dura pero moldeable, que responde al giro constante del torno de la voluntad y que devuelve a cada uno, en función de su capacidad y su talento, una pieza siempre proporcional a la arcilla que le fue ofrecida. Larga tarea es consentir que ya no podremos volver a poner piel de hechizo sobre ese ser encorvado y soso que es uno mismo ante el torno del oficio de la creación.

Veo pasar a Jaime muy de mañana. A las ocho y media, en lo más cierto del invierno, ya vuelve del huerto que tiene por la casa blanca. No lleva abrigo, sólo un jersey gordo y unos pantalones finos; y al hombro, cómo no, su saco, ese saco triste en el que hoy llevará un rábano, dos patatas viejas o unas judías verdes. Jaime, nombre de niño, anciano casi, arrastrando los pies por la cuesta arriba del pueblo, por la cuesta abajo de la vida, tempraneador y solitario, calandrajo humano, lo veo ir y venir, resollar contra el frío, empujar con un paso el siguiente. Parece un hombre despeñado.

No vive lejos. Su casa, según dicen, no tiene calefacción ni cuarto de baño. Alguna vecina le recose los

pantalones de vez en cuando, por caridad cristiana o por tristeza ajena. Por las dos cosas.

Hay muchas mujeres viudas en el pueblo. Ellas mandan en su casa como un general en su ejército, y tienen tiestos lucidos en el balcón y ropa blanquísima recién tendida. (Me contaba mi abuela que cuando era joven, aparte misas y huronerías, a las recién casadas se les juzgaba enseguida por lo blanca que fuera su ropa blanca.) Y ellas sí, las mujeres solas, ellas no sólo sobreviven sino que salen puntuales a barrer las hojas de parra de su acera todas las mañanas. Ellos, no. Los pocos hombres viudos son un hatillo de miserias, un bulto de vida, una hinchazón de tiempo y nada. En el caso de Jaime, un simple hombre del saco.

Nunca devuelve el saludo. Sólo una vez, recuerdo, aquella en que estábamos Lulú y yo en la puerta de casa picando el hielo de la madrugada para poder salir, se paró a hablarnos. De cerca se le veía tan cansado como de lejos.

Voy avanzando con la grabación de algunas voces del disco aquí en casa, con vistas a nuestra próxima visita al estudio, que será en un par de semanas. Días de trabajo concreto y tranquilo, con espacio para pensar y repensar las cosas. Trato de solucionar los pequeños errores que voy viendo sin apenas escuchar el conjunto de la canción, igual que un cirujano que abre, interviene y cierra cuanto antes.

Cuando se trabaja en proyectos largos como este (que se va a llamar *Cuántos violines para decir piano*) es importante dejar períodos de descanso, de barbecho, entre escucha y escucha, para desacostumbrar el oído y poder volver a percibir las canciones, una vez retomadas, como un estímulo nuevo, libre de los vicios asumidos por la escucha repetida.

El oído es una máquina magnífica, capaz de convertir en información relevante y diferenciada una amalgama de frecuencias y ruidos (ruido es la ausencia de una frecuencia definitoria) que recibe a todas horas y de todas direcciones. Nos informa de un peligro, nos da posición y distancia, movimiento, profundidad del espacio, timbre, frecuencia; distingue una voz particular entre una multitud y focaliza su atención en ella, organiza nativamente sonidos musicales individuales y simultáneos y los interpreta como armonías, reconoce escalas y canciones, se protege a sí mismo –taponamiento– ante cambios de presión atmosférica y, además, nos proporciona el equilibrio que necesitamos para mantener nuestra condición de seres orgullosos y bípedos.

Extraordinario, ya digo, este sentido que parece estar trabajando siempre bajo la superficie de la conciencia. Extraordinario y vulnerable. Al ser tan adaptativo, la repetición de un estímulo –una canción oída una y otra vez– va convirtiéndolo en un juez menos y menos crítico, en una herramienta poco precisa para valorar aspectos musicales o técnicos concretos.

Por eso estoy escribiendo ahora, entre toma y toma, no porque tuviera nada interesante que contar, sino por darles un respiro a mis oídos. Por hacer tiempo.

Frío al fin. Esta tarde, en la terraza, aguanieve sobre la ropa tendida. Apetecía quedarse en casa contemplando esa indecisión del invierno, esa agüita que no moja, esa nieve que no cuaja; menos mal que el fenómeno –porque si no no serviría de nada– puede rescatarse como palabra: aguanieve.

La mañana ha sido para avanzar con las grabaciones. Por la tarde, algo de lectura y soledad bien llevada. La soledad no tiene rostro, y unos días quiere ser monstruo delator y otras maestro contemplativo que sonrío sobre nuestras cabezas. Esa soledad positiva, la que no amarga ni señala, ¿no será una forma de satisfacción, una sonrisa del yo al yo? La otra, la terrible, tiene mucho de instinto de la especie, de culpa ancestral por alejarnos del rebaño humano.

Hasta hace un par de años no tuve internet en casa. Eso sí era estar solo, claro. Tenía un pequeño transistor de mi abuelo que sólo sintonizaba Radio Nacional. Y sí, somos seres sociales, hasta el que menos quiere serlo. Cuántas veces encendía esa radio sólo por escuchar al otro lado el ruidito del vivir mundano, las conversaciones sin interés alguno que tanto me acompañaban, la voz indiferente de una multitud que estaba afuera, lejos de mi

habitación, de mi guitarra y de mis libros, esperando a que un día yo también tuviera algo que decir.

Hoy digo esto: gracias, abuelo Claudio, por esa radio del tamaño de una cajetilla de tabaco, porque aun siendo tan chiquita y captando una sola emisora, a mí me parecía, ya ves, el mundo entero.

Domingo de convalecencia. Otro de esos días de fiebre sin causa ni sentido. Hacía tiempo que no se juntaban en una semana dos días así. El proceso es casi siempre el mismo. Me levanto con una sensación extraña en el cuerpo, una suerte de pereza retardada, como si la salida del sol me hubiera sorprendido sin el andamiaje interior montado. Luego el desayuno, tostadas en vez de fruta, por aquello de que uno no se encuentra bien y hay que mimarse un poco. Funcionalidad limitada hasta media mañana, se pueden hacer cosas que no requieran ni demasiado esfuerzo ni excesiva concentración. Quizás leer un rato, ordenar papeles, recopilar ideas. Toda la posible productividad del día está en esas horas, así que hay que aprovecharlas, porque a partir de ahí, hacia la hora de comer, comienza esa sensación de fiebre sin fiebre —a veces la hay, otras no—, de cansancio lento e inexplicable, de desvalimiento sosegado y total. De renuncia, casi.

El cuerpo se va haciendo un ovillo, se sabe herido de algo y comienza una retirada silenciosa hacia el cen-

tro de sí mismo. Su centro es el reposo, ahí es capaz de escuchar sus dolores mínimos, calcular temperaturas, averiguar pulsos y desenterrar sangres. Todo lo invisible se hace manifiesto: la respiración, los silencios, la propia debilidad. Estos períodos vulnerables, que tanto nos enseñan de nosotros mismos, son más peligrosos por inconvenientes que por verdaderamente graves. Ayer sin ir más lejos tenía una comida familiar y la pasé en el sofá del comedor con una manta que era como mi defensa ante el mundo, quieto como una estatua yacente y sudorosa, oyendo en la cocina el alboroto de los platos y las conversaciones, el tumulto incongruente de la vida, su discurrir predecible, su menudez, su encanto.

Por la tarde, cama y resignación. Pocas energías y mucho sueño. Intento no dormir, dejar que pasen las horas como barquitos por el horizonte, no dar demasiado espacio a esa melancolía latente que suele atacarme en días así. Me distraigo para que llegue la noche cuanto antes y se diluya en ella esa sensación de cansancio desganado pero feroz, esa sombra de mí mismo que soy.

Ha sido un domingo en el que no he podido repartir un solo beso verdadero ni un abrazo entusiasmado. Todo han sido gestos vagos y flaqueza de ánimo. ¿De qué sirve uno si no es para alegrar un poco su corro familiar, para enternecer pasajeramente esas vidas que tanto le importan? ¿De qué sirve uno si no es capaz de sentarse entre los suyos, sonreír apenas y dejar que el domingo sea domingo entre conversaciones sencillas y

un pan que partimos entre todos? Me acuesto temprano. Mañana, me digo, estaré mejor.

Tiene la noche una hora de imposibles, un rincón inhóspito, una desbandada de tiempo entre las tres y las cinco de la madrugada, en que estar despierto supone enfrentarse a todos los demonios que nos habitan. Es otra vez aquello de que el cerebro, nuestro cerebro, no busca la verdad sino la supervivencia. Y todo funciona bien, vivimos felices y engañados, nos acostamos crédulos y confiados, con ese pestillo de seguridad echado –no ver tanto como uno puede sino tanto como uno debe, eso es ser sabio, dijo alguien– y de repente despiertas a esa hora sin dios ni luna, desprovisto de la defensa eficaz e involuntaria que es el autoengaño, solo en el mundo y en la noche, a corazón abierto contra la doble lanza del miedo y de la duda. Dudamos de todo, de nuestra fuerza, de nuestra labor, de nuestros pocos méritos. Vemos el material de la vida en crudo, sin ese escudo de las convicciones, de lo irracional, sin ese amor fanático y necesario que nos tenemos a nosotros mismos. Es como si nuestra cabeza, a esa hora, no tuviera potencia para despertar los circuitos no esenciales y nos abandonara sin recuerdos, asustados y niños –niños asustados– por las afiladas avenidas del ser.

Yo no sé qué remedio puede ponerse a este descuido del alma para consigo misma. Lo que sí sé es que

uno no debe dejarse arrastrar por lo que sienta o piense en este tipo de situaciones, porque igual de peligrosas que las decisiones que se toman en instantes de euforia son las que se toman en momentos de desesperación, de visión *demasiado clara* de la realidad, sin el abrigo mínimamente cordial de una mentira que lo es, pero que en vez de ahogarnos en mitad de la noche, empuja nuestra voluntad, como barca rota y soñadora, hacia las corrientes bienhechoras del siguiente día.

Es tarde, escribo estas últimas líneas del día ya desde la cama, Lulú a mi lado, atenta a sus cosas, sin preguntarme demasiado sobre lo que escribo porque sabe que me costaría explicarlo. Ayer pasó el día conmigo, cuidándome como al niño enfermo que era, con esa sonrisa de buena cuidadora que vale más que cualquier medicina. Hoy ha sido ella la que necesitaba un abrazo y por eso me he quedado a dormir aquí.

Me acaba de enseñar una foto nuestra en el hospital de la que hoy se cumplen tres años (9 de marzo). Estuve ingresado unos días por estas mismas fiebres de las que vengo hablando. Pruebas de esfuerzo, de corazón, serología, gastroscopias, análisis de sangre por la mañana y por la noche, ayunos, enfermeras amables y sopas bobas. Diagnóstico: está usted perfectamente.

Así que perfectamente a casa y a pensar que todo ha sido un espejismo, una bravuconada de mis glóbulos

blancos, algo así como una guerra civil contra un enemigo tan desconocido que bien pudiera ser imaginario. Por suerte, no repite con mucha frecuencia. Incluso he tenido temporadas en estos tres años de olvidarme de ello. Excepto por lo inconveniente del asunto, casi siento estas fiebres como una parte más de mí, como un rasgo de vulnerabilidad plenamente asumido. Es tan mía la enfermedad que ni siquiera tiene nombre. Se levanta a mi lado algunos días, conversamos, me obliga a descansar, a restar importancia a las cosas, a retomar el centro de mí mismo, a dejarme cuidar. Hay gentes por ahí que nunca han tenido una madre que hiciera tanto por ellos.